

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel. *El círculo de los Gálvez. Formación, apogeo y ocaso de una élite de poder indiana*. Madrid: Ediciones Polifemo, 2019. 545 p. ISBN: 978-84-16335-60-2.

El título número veintiuno de la colección “La Corte en Europa”, dirigida por el profesor José Martínez Millán, Catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid, nos sorprende con un nuevo libro del profesor Manuel Hernández González, Catedrático de Historia de América de la Universidad de La Laguna.

Se trata de “El círculo de los Gálvez. Formación, apogeo y ocaso de una elite de poder indiana”, que nos proporciona una amena lectura de más de quinientas páginas, plenas de detalles de la trayectoria vital de los miembros, masculinos y femeninos, del linaje de los Gálvez y de sus allegados, personas poderosas, con no menos poderosos intereses de prestigio social y enriquecimiento económico personal, sin reparar en los medios para conseguirlo.

Pero el libro del profesor Manuel Hernández González va mucho más allá, porque, primero nos presenta el modesto cuadro genealógico familiar de los Gálvez (p. 26-27), para a continuación, a modo de saga familiar, iniciar una abigarrada biografía de ese colectivo, ilustrado también con algunos retratos e imágenes (ocho páginas encartadas, entre p. 224-225), aportando información de primera mano obtenida por él en una treintena de archivos y bibliotecas repartidos por una docena de poblaciones de España, Canarias e Hispanoamérica.

Pero después, los hombres y mujeres de la familia Gálvez van configurando los primeros capítulos de la obra, de un total de doce, incluyendo la introducción, en un recorrido que arranca con unas breves páginas para adelantarnos las luces y las sombras del linaje de los Gálvez, desde su “aureola” inicial hasta su “abatimiento” final.

Unas páginas que conforman el denso y abigarrado cuerpo de la obra, porque a partir del capítulo dos (p. 33-135), dedicado al artífice constructor del “clan”, José de Gálvez, nos introducimos en un mundo complejo de intereses, amistades, relaciones, influencias y confluencias, hasta reconstruir el origen y clarificar la evolución posterior de ese “círculo de los Gálvez” que da título al libro.

El autor profundiza en la biografía de José de Gálvez, en aspectos hasta ahora desconocidos, como su pretendida formación académica, descartando su aducida titulación universitaria, de la que no existe prueba documental. En las alianzas y relaciones de las que sirvió para su espectacular ascenso hasta llegar a ocupar, conjuntamente, desde 1776 y hasta su muerte en 1787, la secretaría de Indias y la presidencia del Consejo de Indias, en un alarde que le permitió acaparar el poder ejecutivo y el judicial para todo lo referido al ámbito colonial americano. Lo que le

permitió consolidar a los integrantes de su círculo en puestos clave de diversa índole, y acumular una gran cantidad de recursos y propiedades.

Sin olvidar sus tres matrimonios y el papel secundario desempeñado por su única hija, María Josefa Gálvez y Valenzuela, al no tener hijos varones para dar continuidad a su linaje. De ahí que todos los esfuerzos de José de Gálvez se encaminasen a apoyar la promoción de su único sobrino varón, Bernardo de Gálvez, hijo de su hermano mayor, Matías, y lo que supuso para el clan su prematura muerte, con apenas cuarenta años, en 1786. El propio José de Gálvez le sobrevivió poco tiempo, pues murió al año siguiente, en 1787.

El profesor Manuel Hernández González dedica el otro gran capítulo del libro, el sexto (p. 231-413), a la persona de Bernardo de Gálvez, dada su importancia, lo que le convierte en pieza clave del clan. Por ello se nos presenta con detalle su trayectoria vital, destacando su actuación política en la gobernación de Luisiana; su papel en la guerra de independencia de las Trece Colonias, llegando a la dirección del ejército de América, tras su mítico éxito en la conquista de Pensacola; y su breve desempeño como capitán general de La Habana y virrey de Nueva España, al sorprenderle la muerte, hecho que truncó el futuro del linaje. Pero también los asuntos de familia, desde su matrimonio con la viuda criolla, nativa de Nueva Orleans, Felicitas de Saint Maxent, y los negocios de su padre, Gilbert Antoine, implicado en Jamaica en el contrabando con los británicos durante la guerra.

Volviendo al índice de contenidos del libro, antes, los capítulos, tres, cuatro y cinco, los ocupan sus tres hermanos, el mayor, Matías, fallecido en 1784, y Miguel y Antonio, desaparecidos el mismo año, ya en 1792. Y a lo largo del conjunto de la obra no faltan noticias destacadas de las mujeres de la familia, sobre todo de su sobrina, María Rosa de Gálvez, la escritora y poetisa ilustrada, hija de Antonio. Pero, sobre todo, late el tema de la falta de sucesión masculina, tanto del creador y artífice del clan, José, como de sus principales integrantes, que fue determinante para que el "clan" no tuviese continuidad. De hecho, la muerte de Bernardo causó una fuerte impresión en su tío José, y supuso el inicio del fin del enorme poder acaparado por el clan y su patriarca, José de Gálvez, quien había depositado todas sus expectativas de continuidad del mismo en su sobrino Bernardo.

La secuencia de biografías continua con la de Matías Gálvez, padre de Bernardo. Su infancia y juventud en Málaga. El traslado a Tenerife, como administrador de una hacienda del absentista marqués de la Breña, situada en Los Realejos, en el valle de La Orotava. Y su ascenso en la administración, en la renta del tabaco, como teniente del rey, gestionando el envío de familias canarias a Luisiana. Para acabar promovido a capitán general de Guatemala y virrey de Nueva España.

La de Miguel de Gálvez, licenciado en Cánones por la Universidad de Salamanca, y su papel en las academias de derecho de la Corte, antes de que su hermano José se convirtiese en la persona más importante para los asuntos de Indias. Una carrera que, tras haber visto frustrados sus proyectos en América, y con el apoyo de su poderoso hermano, le llevaría a la diplomacia, desempeñando las embajadas de Berlín y San Petersburgo hasta su muerte, soltero y sin descendencia.

Y la del hermano menor, Antonio, comandante del resguardo de Cádiz, cargo que ocupó hasta su jubilación. Siendo en el desempeño de la gestión y de la administración de aduanas del puerto clave del comercio con América, como prestó los mayores servicios al “clan” Gálvez, definido por el nepotismo y la corrupción, con una verdadera red de parientes constituida en su seno, y que se extendió a otros resguardos de Indias. Quién por sus actuaciones se vio inmerso en una serie de procesos, que le permitieron acumular una gran fortuna y erigir varias haciendas con sus cuantiosos réditos, fruto de un enriquecimiento ilícito, de todo lo cual era legítima heredera su hija María Rosa, y que aparece muy bien detallado y descrito en el correspondiente capítulo del libro.

Más allá de los rasgos biográficos de los distintos miembros del clan, encontramos también, perfectamente configurada, la psicología que los trasciende, con sus obsesiones de políticos de linajudo abolengo, hasta sus veleidades épicas como militares. Todo ello atestiguado por interesados avisos, panegíricos, poemas, cánticos y conmemoraciones, así como por una iconografía relacionada con su proclamación como virreyes o su condición de gloriosos héroes laureados y victoriosos, siempre a mayor gloria de los Gálvez en su afán de perpetuarse en la historia.

Escritores, políticos y militares no dudaron a la hora de glosar y ensalzar sus logros y hazañas, sabedores de que ello les podría proporcionar la palanca necesaria para su ascenso o promoción en los oficios de Indias. Y la contrapartida la pusieron las voces anónimas que plasmaron en libelos y ripios satíricos su mordaz crítica al enorme poder y las cuantiosas riquezas acumuladas por los Gálvez, y la rápida desaparición como clan tras la muerte de Bernardo y del propio José, como muestran los versos de la siguiente décima (p. 29), seleccionada entre los varios textos poéticos, satíricos y laudatorios, reproducidos en el libro:

“Los Gálvez se deshicieron,
Como la sal en el agua,
Y como chispas de fraguas,
Fósforos desaparecieron.
Bajaron como subieron
A modo de exhalación:
Dios le concede el perdón,
Sin que olvidemos de paso
Que en este mundo da cañazo
A quien le dan adoración”.

En este punto, el libro da un importante giro, para, en los cinco capítulos restantes, del siete al once (p. 415-520), algo más de cien páginas, construir una verdadera segunda parte del libro, en la que el profesor Manuel Hernández presenta la funcionalidad de la red clientelar tejida por los Gálvez, en una buena parte de los territorios americanos. Un hecho que sólo fue posible gracias a la consolidación de su poder, emanado de la figura señera de un José de Gálvez en la cúspide de la administración indiana, como secretario de Indias y presidente del Consejo de Indias, cargos en los que se mantuvo más de una década, hasta su muerte en 1787.

Unas páginas muy clarificadoras de las actuaciones promovidas y ejecutadas en varios territorios americanos y pacíficos por distintos integrantes del “círculo de los

Gálvez”, después de conocer las biografías de sus miembros más destacados. Pero también la articulación de su perfecto “organigrama de poder” a partir del desproporcionado y descarado nepotismo ejercido por José de Gálvez, y de las medidas introducidas por sus familiares y allegados, una vez impuestos para el desempeño de puestos clave en la administración de la Nueva España, de Venezuela y de otros ámbitos coloniales.

Nos situamos así ante la corrupción como práctica de gobierno, en pos del mantenimiento del poder político y del lucro económico. Ante el ejercicio del control efectivo desde las instituciones del comercio indiano (renta del tabaco, aduanas, casa de la contratación), dado el enorme interés de los Gálvez en el tráfico y en toda suerte de actividades de contrabando, las que posibilitaron que amasasen considerables fortunas. De todo lo cual hay una nutrida información, procedente de las disposiciones testamentarias tanto de los miembros de la familia Gálvez, como de todas aquellas personas implicadas en sus negocios.

Con José de Gálvez en la cúspide de la administración colonial, con un grado de empoderamiento tal, que había podido establecer los vínculos necesarios para frenar la incorporación al ámbito del libre comercio y perpetuar, hasta su muerte, una política monopolista claramente favorecedora del tráfico con Málaga de enclaves comerciales americanos de primer orden, desde el Virreinato de la Nueva España al del Perú, el Río de la Plata y la estratégica Capitanía General de Venezuela.

Sólo así, rodeado de personas de su total confianza, pudo no sólo enriquecerse él y sus incondicionales, sino conferir a su linaje una enorme relevancia y consolidar su poder en América y en la Corte. Para desarrollar en América una política de abierta preferencia por los peninsulares, especialmente por sus allegados y por los naturales de Málaga. Pero su nepotismo también alzó voces críticas y encontró algunos “contradictorios”, si bien excepcionalmente, como en el caso de Juan Fernández de Palazuelos, intendente de Huancavelica, destituido y encarcelamiento por el visitador José Antonio Areche, protegido de José de Gálvez, y que acabó convirtiéndose en uno de sus mayores detractores, el caso que analiza con mayor detalle el profesor Manuel Hernández González en el capítulo once y último del libro. Aunque por sus páginas también pululan personajes de todo tipo y condición, desde el Conde de Aranda, el Conde de Floridablanca a Antonio Porlier o Gaspar Melchor de Jovellanos, estos dos últimos también formados en derecho civil y canónico en la Universidad de Alcalá de Henares.

A pesar de lo dicho, la estructura del libro está articulada como un todo, con una marcada cadencia, que a lo largo de sus páginas nos conduce hacia el casi absoluto convencimiento de que, el “círculo de los Gálvez”, es el ejemplo perfecto de lo que supusieron las reformas borbónicas en cuanto a la configuración de unas “nuevas” élites, las que se pusieron al frente de los más altos cargos del Estado en España y en América, haciendo gala de una ambición y unos niveles de corrupción desmedidos.

Elementos que bien podrían constituir argumentos más que suficientes, si se nos permite, para construir una serie al uso, pero de mayor interés, que muchas de las que ofrecen las plataformas de televisión más vistas, incluso con una segunda temporada, ya con los herederos del clan, hasta llegar a las tres mujeres

depositarias finales y únicas herederas supervivientes del legado y del conjunto de las propiedades del linaje de los Gálvez.

Se aprecia el enorme esfuerzo del profesor Manuel Hernández González por tratar con profundidad la estrategia familiar y las redes de poder establecidas por el linaje Gálvez para consolidar el clan, dándole permanencia y continuidad mediante su “incrustación” en las instituciones indianas.

Por otra parte, el profesor Manuel Hernández González, desde el primer capítulo de este nuevo libro, señala a los Gálvez como clan, para, a continuación, escudriñar, uno a uno, sus vidas, incluida su trayectoria profesional y política, su ascenso social y su enriquecimiento desmesurado. Las vidas de los cuatro hermanos y el sobrino, con sus familiares y allegados, para concluir diciendo, tras unos exhaustivos estudios biográficos, que los Gálvez constituyen “el compendio más logrado de esa política de concentración del poder en Indias”. Y lo demuestra, tras una ingente labor de investigación y relectura de todo lo escrito hasta el momento, citando más de doscientas cincuenta referencias como completa bibliografía sobre el tema.

Finalmente, para reclamar la atención del lector sobre este libro, y sin desentrañar más de su contenido, diremos que su lectura arroja mucha luz sobre las actuaciones de los Gálvez, y que confiere rigor y veracidad a afirmaciones como la de Allan Kuethe y Kenneth Andrien a propósito de que fueron un conjunto de individuos de origen peninsular, procedentes de capas intermedias de la sociedad, premiados por su fidelidad al Estado, por su eficacia en el ejercicio de su jurisdicción y en la gestión económica de la hacienda estatal, los que desplazaron a las elites criollas del control del aparato de Estado, y los que pusieron fin al sistema de venta de cargos, implantando la más absoluta arbitrariedad en la adjudicación de los oficios de Indias.

La solidez de los datos que han permitido la elaboración de una obra como ésta, dedicada al “círculo de los Gálvez”, la convierten en la contundente plasmación de la realidad vivida en el último cuarto del siglo XVIII. Si bien, era algo que ya habían visto los coetáneos, laicos o eclesiásticos.

Desde el anónimo funcionario peninsular citado por el profesor David Brading, cuando escribió al respecto, casi proféticamente, que José de Gálvez “había destruido casi más que edificado”, y que “su mano destructora” iba a preparar “la mayor revolución en el Imperio Americano”.

Al cronista peruano Melchor Paz quién, a propósito de la revuelta de Tupac Amaru, aludió al contenido de una carta anónima de 1781, lamentando ver “regentes y aumentando número de ministros en estas audiencias, todos consanguíneos, deudos y dependientes de Gálvez”.

Pasando por el deán Gregorio Funes, criollo formado en la Universidad de Córdoba de Tucumán y doctor en teología por la de Alcalá de Henares, quien denunciaba que mitras y dignidades estaban vetadas a los criollos, y señalaba que “jamás se había visto una predilección más parcial a favor de los españoles europeos”, y matizaba “que todo español, principalmente si era andaluz malagueño tenía, con sólo esto, acreditado el mérito y la capacidad”.

De hecho, el propio José de Gálvez, era consciente de la evidencia del resentimiento de los criollos al verse excluidos del conjunto de cargos públicos resultado de las reformas borbónicas, ocupados por funcionarios recién llegados, que incluso apartaban a otros españoles con una larga experiencia americana. Así queda atestiguado en sus instrucciones secretas, dirigidas a José Antonio de Areche, protegido suyo, visitador del Perú, cuando decía de los limeños que eran “de juicio poco sólido y superficial, aunque sumamente presuntuosos”, y también “de poco espíritu, tímidos y reducibles”. Se da la circunstancia paradójica, de que José Antonio de Areche, licenciado en Cánones por la Universidad de Alcalá de Henares, había sido colegial rector en el Colegio de Santa Catalina Mártir o de “los Verdes” de la citada universidad, como años antes lo fuera otro importante político, doctor en Cánones, y acérrimo detractor de José de Gálvez, personaje relevante del que también se ocupa el libro, Francisco Carrasco, Marqués de la Corona.

Y como colofón, un ajustado retrato del fundador del linaje, José de Gálvez, lo encontramos en las palabras del diplomático francés Jean François Bourgoing, que el profesor Manuel Hernández González ha elegido para la contraportada de su libro:

“Traté muy de cerca a este ambicioso ministro [José de Gálvez]. Era sumamente trabajador, muy inteligente y personalmente desinteresado. No cabe negarle cierto talento para la administración. Era no obstante un talento al que sumaba la actitud petulante y las pretensiones de un visir [...]. A su vuelta [de México] le recompensaron por sus esfuerzos con la Secretaría de Indias –es decir, con el poder más vasto, más ilimitado que hombre alguno puede ejercer sobre la Tierra sin portar corona– [...]. Igual talante autoritario y violento desplegó Gálvez en todas las ramas de su vasta administración. No se le puede negar una notable diligencia; tampoco un firme propósito de introducir mejoras. Pero todavía se preguntan los españoles ilustrados si hizo más bien que mal en las Indias españolas. Al menos es cierto, que en contra de lo que pretendía, fomentó su inclinación a la independencia”.

Manuel Casado Arboniés
Universidad de Alcalá
manuel.casado@uah.es